



LA ISLA DE LAS MUJERES

Laura Pérez Caballero

LA ISLA DE LAS MUJERES

—El Emperador,
Quería a una mujer,
La pasó por guillotina
Por mísera e infiel.

—¡Eh, tú!

El grupo de niños sucios y harapientos se dispersó en varias direcciones. Las chabolas se entrechocaban unas con otras y dejaban pasadizos húmedos y grasientos por los que aquellas pequeñas ratas se escurrían y desaparecían sin dejar rastro.

La única que se mantuvo impávida, como si no fuera ella la que estaba cantando, fue la niña de pelo escarlata y pómulos pronunciados, seguramente, debido al hambre que pasaba.

La chica que les había increpado tendría unos dieciocho o veinte años. Llevaba unos pantalones de cuero marrón y una blusa aplastada por un corpiño también de cuero marrón. Su rostro estaba tapado en su mitad derecha por una máscara metálica con una rejilla sobre su ojo. Tiró el cigarrillo que había fumado hasta casi quemarse los dedos de la mano cubierta por unos guantes recortados, y no era para menos, dado su precio en el mercado negro, único lugar en el que podía conseguirse, y pisó la colilla con unas botas negras, de punta redondeada, suela plana y hebillas doradas.

—¿Qué era eso que estabas cantando?

La niña se encogió de hombros mientras le sostenía la mirada. No parecía tener miedo, ni nada que perder. Nadie en las chabolas del sur parecía tener nada que perder ¿Qué va perder quien no tiene nada?

—Es la canción del Emperador.

—Ah, ¿sí? Y qué dices que fue lo que le pasó a esa mujer, la de la canción.

La niña se acercó un poco más a la chica y acarició, sin inmutarse, la cadena dorada del reloj de bolsillo que asomaba por los bolsillos de su corpiño. La miró directa al ojo de la máscara, escondido tras la rejilla.

—Todo el mundo sabe lo que le pasó.

La chica sonrió. Le gustaba el descaro de la pequeña.

—Yo no soy todo el mundo. No sé lo que le pasó ¿me lo contarás?

La niña tiró de la cadena hasta sacar el reloj y presionó el botón de la cuerda para levantar la tapa y ver su mecanismo interior.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a la muchacha.

—Me llamo Greca.

La niña la miró y sonrió mostrando su boca desdentada. Tendría unos siete u ocho años.

—Es un nombre muy raro.

—A mi madre le gustaba mucho un pintor al que llamaban El Greco. Me lo pusieron por ella, es lo único que me queda.

La niña soltó el reloj y pasó el dorso de la mano bajo su nariz. Sus ojos se habían nublado y miró hacia el suelo como si no quisiera que la muchacha se diera cuenta de ello.

—A mí no me queda nada.

Greca comprendió al momento. También sabía que la niña no tenía ganas de hablar de aquello ni ella ninguna necesidad de saber nada más.

—¿Cómo te llamas?

—Magdalena.

Greca se agachó junto a la niña de pelo rojo.

—Vale, Magdalena ¿me cuentas lo del Emperador?

La niña la miró dudando.

—¿De verdad que no lo sabes?

La chica movió la cabeza negando.

La niña inspeccionó de nuevo sobre la máscara. Era curiosa.

—El Emperador ha conocido a cientos de mujeres, las usa y, cuando se cansa, las confina en la Isla de Lázaro. Pero una vez, conoció a una mujer de la que se enamoró, y la quiso hacer su esposa. Entonces tuvo que ausentarse un año y cuando volvió la mujer estaba embarazada. Cuando el Emperador se enteró, se encolerizó y ordenó que la retuviesen en un calabozo oscuro hasta que allí dio a luz a su bebé. Entonces el Emperador ordenó a su Brujo consejero que se llevase al bebé y lo matase, y a la mujer la guillotinaron al amanecer.

—¿Ya está? ¿Eso es todo?

La niña levantó la vista sorprendida hacia Greca.

—Sí, qué más querías saber.

—Demasiadas cosas, Magdalena. —Ahora fue ella quien sacó el reloj de bolsillo y lo observó— Es tarde, me tengo que ir o llegaré tarde a mi cita. ¿Te gustaría venir?

La niña se encogió de hombros. Aquella muchacha le resultaba rara y atrayente al mismo tiempo, y ella no tenía nada que perder. Pero no iba a dejar

ver su interés así como así, primero debía hacerse un poco la dura, dejar claro que si iba sería a cambio de algo, porque también ella ganaba, aunque solo fuese entretenerse un rato.

—Depende, ¿con quién tienes la cita? ¿Es alguien interesante?

Greca cerró la tapa del reloj con un golpecito y levantó la ceja del ojo izquierdo, de un color gris intenso, el único que tenía a la vista.

—¡Oh, sí, ya lo creo que es alguien interesante! —Se acercó más a la niña hasta rozar su cara con la máscara— Tengo una cita con el mismísimo Emperador de tu canción.

El Brujo abrió la ventana del torreón y miró al horizonte, sobre las tierras desiertas que se extendían más allá del foso. A lo lejos se veía el pueblo, los edificios de apenas dos o tres plantas, y las gaviotas planeando en el cielo sobre el mar del puerto. Era un día como cualquier otro, pero un palpito le hacía permanecer nervioso.

El Emperador le había hecho llamar y él sabía acerca de lo que iba a preguntarle. Hacía unas semanas que no paraba de darle vueltas al mismo tema: su inmortalidad.

El Brujo le había hablado de aquello hacía años, después de la muerte de la infiel. La muerte de aquella hembra cuyo nombre jamás se pronunciaba en su presencia le había dejado trastocado, a pesar de que él nunca lo hubiera reconocido, y todo lo había comenzado a fechar como si el día de su muerte hubiese sido el mismo que el del nacimiento de algún dios. Pues bien, como cinco años después de la muerte de aquella mujer El Brujo había tenido una visión.

—Una mujer y una niña vendrán a visitarle en unos años y ellas tendrán en sus manos la fórmula de la inmortalidad.

El Emperador siempre había sido muy supersticioso y era cuidadoso con cualquier signo que pudiera alterar el destino. Confiaba en El Brujo, de hecho, seguramente, era la única persona en la que había depositado su confianza a lo largo de toda su vida.

El Emperador se había acariciado la mandíbula.

—¿Cuántos años?

—Diez, doce, quince... no estoy seguro. Solo sé que vendrán y que tendrán

un barco, un barco que solo esa mujer acompañada por la niña sabrá guiar hasta el punto en el que usted conseguirá la inmortalidad.

—Es muy poca información.

—Mi Emperador, sabe que mis visiones son abstractas, por desgracia, pero debe confiar en mí.

El Emperador confiaba, y dedicó todos aquellos años a esperar la llegada de aquella mujer, mientras usaba a otras para aplacar la furia y el despecho que la infiel le había hecho sentir.

Ahora el Brujo estaba nervioso.

Hacía dos días que un barco había atracado en el puerto y nadie conocía a su capitán. Inmediatamente había puesto sobre aviso a El Emperador, y este había dado orden de que llevaran a su presencia a cualquier mujer acompañada de una niña que llegara al castillo preguntando por él.

Alguien golpeó a la puerta de El Brujo, y este sabía que el Emperador reclamaría su presencia.

Abandonó su habitación y bajó a paso rápido para abrir las puertas que daban acceso al salón de recepciones, donde pudo ver al Emperador sentado en su trono de maderas nobles y cueros limpios y a una mujer joven, con una máscara de metal cubriendo el lado derecho de su rostro, acompañada por una niña.

—Ah, mi querido Brujo, esta muchacha dice que ha encontrado un barco abandonado en una pequeña cala, cerca de donde vive, en las chabolas del sur.

El Brujo rodeó a la mujer y la niña hasta quedarse frente a ellas.

—¿Qué clase de barco?

—Un barque, señor.

El Emperador sonrió ampliamente.

—Piratas y corsarios.

—¿Vacío? —inquirió El Brujo.

La muchacha asintió.

—Vacío, señor.

El Brujo se acarició la barbilla. Bordeó a la muchacha mirándola de arriba abajo.

—¿Y por qué vienes a contárselo al Emperador? Podrías quedarte el

barco, venderlo... Seguro que algún pirata te pagaría bien. La gente de las chabolas no suelen desperdiciar este tipo de oportunidades.

La muchacha se arrodilló y su voz se escuchó afligida.

—He de reconocer que quise hacerlo, señor, pero las voces me lo impidieron.

El Brujo levantó las cejas mientras El Emperador miraba a la muchacha expectante.

—¿Las voces?

—Sí, mi señor. Subí al barco, quise conducirlo hasta Puerto, atracarlo allí y luego buscar en las Tabernas quien me lo comprara, pero...

El Brujo le levantó el rostro que la muchacha mantenía con los ojos fijos al suelo, como si se avergonzara de lo que iba a decir.

—Pero qué, muchacha, habla ya.

La chica juntó sus manos como si fuese a rezar y comenzó a suplicar con lágrimas en el ojo que mantenía a la vista.

—Las voces, señor, creánme —ahora miraba al Emperador— que yo no estoy loca, nunca me había sucedido algo así. Salían voces de cada rincón del barco, pero solo yo las escuchaba, y me pedían que buscara al Emperador y dirigiera el barco a donde ellas me indicaran.

La muchacha y la niña fueron confinadas en una habitación a la espera de que llegara la noche, partirían a las once y a las doce de la medianoche llegarían a su destino, eso le habían dicho las voces a la muchacha y así se haría.

Una de las criadas les llevó una bandeja de frutas frescas, agua y vino dulce.

La niña no había abierto la boca en todo el tiempo que habían estado en la sala de recepciones, y a solas ahora con la muchacha, por fin se atrevió a hablar.

—¿Es cierto todo eso que has contado?

La muchacha le pasó una pera amarillenta que la niña mordió con

voracidad.

—Lo es, cientos de voces me piden que lleve al Emperador a un lugar en medio del mar.

—¿Para qué?

—Para darle lo que se merece.

La niña sonrió abiertamente.

—Todo el mundo sabe que El Emperador anda detrás de la inmortalidad, pero esa “señora” no existe —canturreó el final.

Greca se rió y se dejó caer sobre una cama alta, con un colchón de paja duro y apretado. La niña se tumbó a su lado y le acarició la fría máscara de metal.

—¿Qué te pasó?

Greca apartó con suavidad la manecita de la niña.

—Alguien fue muy descuidado conmigo cuando nació.

La niña se mantuvo en silencio. Luego muy bajito volvió a hablar.

—Todo el mundo debería tener cuidado con los bebés. Son frágiles.

Greca se volvió hacia ella.

—No es cierto, Magdalena. Los bebés son fuertes, capaces de sobrevivir a cosas que los adultos no pueden. Son capaces de enfrentarse a tragedias que a un adulto podrían llevarle a su propia muerte.

La niña la miraba asombrada.

—Mi nombre es lo único que me queda de mi madre, la que me parió, la que me trajo al mundo, ya te lo había dicho, pero yo tengo muchas madres, me he criado con centenares de ellas, y todas me han mimado y querido, y todas tenían un objetivo común, incluida yo, y, ahora, yo voy a hacer algo por todas ellas.

El sol comenzaba a ponerse cuando El Emperador, El Brujo y varios de los soldados del Emperador llegaron a la cubierta del barco.

—Es como lo veías en tus visiones —comentaba El Emperador, pasmado mientras paseaba la vista por la cubierta.

El Brujo acariciaba las maderas humedecidas y también miraba cada detalle de aquel barco. ¿Cuánto habría costado construirlo?

El Emperador caminaba tras dos soldados que entrarían delante de él a las

bodegas del barco. Estos comenzaron a descender y al cabo de un segundo uno de ellos asomó la cabeza.

—Vea esto, Emperador.

El Emperador y El Brujo se apresuraron a bajar. La bodega estaba llena de baúles rústicos de gran tamaño. Habría al menos unos cincuenta y todos permanecían cerrados excepto uno, abierto de par en par y vacío.

—Pero, ¿qué es esto?

El Emperador se dirigió al baúl más próximo al abierto dispuesto a destapararlo, pero El Brujo le sujetó del brazo impidiéndoselo.

—No lo haga, señor.

Con los ojos apuntaba un dibujo en el suelo. Pintado con lo que parecía ser sangre podía verse un círculo con una estrella en el centro. El Brujo se agachó y rascó un resto negro.

—Es cera, de velas negras.

—Satánicos —dedujo El Emperador.

Los soldados se miraron unos a otros, nada les aterraba más que lo sobrenatural, aquello contra lo que era imposible luchar.

El Emperador era un fiel creyente de la magia y los designios. El Brujo era su fiel compañero desde hacía ya veinte años y a él se debía aquella creencia suya de que un día, bajo las estrellas, en un lugar que solo una muchacha acompañada por una niña conocía, él se convertiría en inmortal.

—No toque los baúles, señor, déjelos como están. Me temo que algún desgraciado de la antigua tripulación sintió la tentación de hacer lo mismo que usted y, sin duda, liberó a algún tipo de diablo que viajaba encerrado en ese baúl —dijo señalando el que estaba abierto—. Por eso no había nadie en el barco cuando la muchacha lo encontró. El diablo mataría a los pobres desgraciados que lo tripulaban.

Los soldados se dirigían miradas nerviosas y se mantenían en tensión. Imaginaban una tremenda matanza, cometida una noche cualquiera. El diablo liberado habría degollado y desmembrado a los tripulantes. Quién sabía qué atrocidades habrían sufrido aquellos hombres, para, a pesar de que aquel fuera un barco de piratas y corsarios, merecieran la lástima de los soldados del Emperador.

—Que nadie toque los baúles —ordenó el Emperador—. Es más, que nadie se acerque a las bodegas.

Greca se levantó de la cama cuando escuchó los golpes en la puerta de la habitación. Ya había anochecido por completo y la luz de la luna menguante entraba débilmente por la ventana.

Magda se incorporó en la cama con los ojos entrecerrados por el sueño.

—Quiero ir contigo.

—¿No tienes sueño?

—Sí, pero quiero ir contigo.

Greca abrió unos centímetros la puerta y por la ranura vio a uno de los Soldados del Emperador.

—El Emperador espera.

—Vamos ahora mismo.

Volvió sobre sus pasos hasta llegar a la orilla de los pies de la cama, donde se había sentado la niña. Ella también había sido niña y también había sentido el miedo de quedarse sola.

—Si vienes tendrás que hacer todo lo que yo te diga, sin preguntar ni cuestionarlo.

—Lo prometo.

Greca abrazó a la niña y sintió la suavidad de sus cabellos haciéndole cosquillas en el rostro. Sí, ella se encargaría de que fuese una niña fuerte y no tuviese que crecer sometida.

Llegaron a puerto. Un tercio de los soldados del Emperador iban delante, este junto al Brujo, la muchacha y la niña iban en el centro, y los otros dos tercios de soldados cerraban la comitiva.

Los rostros tensos de los soldados contrastaban con la serenidad del resto. El Brujo y El Emperador acostumbrados a tratar temas de magia y diablos, la muchacha y la niña, ignorantes de lo que sucedía.

La muchacha de la máscara se puso al frente del timón, en la popa, y pidió que la dejaran a solas con la niña un rato, hasta que las voces acudieran a su cabeza y la guiaran por el camino que debía seguir.

El Emperador, el Brujo y los soldados se replegaron a la proa, tratando de ceder el máximo de intimidad a la muchacha.

Entonces, esta se agachó y con los ojos indicó hacia babor a la niña.

—¿Ves esa pequeña trampilla?

La niña asintió con disimulo.

—Esa trampilla lleva a la bodega, y allí hay un montón de baúles cerrados.

La niña la miraba con atención, consciente de que la iban a decir algo importante.

—¿Recuerdas lo que hablamos en la habitación? Lo de que me obedecerías sin preguntas ni cuestionamientos.

La niña volvió a asentir. Su rostro estaba serio, pero tranquilo.

—Cuando empiece el ritual del Emperador quiero que te escabullas sin que nadie te vea y te metas por esa trampilla. Una vez abajo, abre los baúles, no tengas miedo. Escucha bien, no temas porque nadie va a hacerte daño. Luego quiero que te quedes allí y no salgas por nada del mundo hasta que yo vaya a sacarte. ¿Has entendido?

La niña volvió a asentir. Greca sujetó el timón con seguridad y comenzó a guiar el barco a través de las aguas negras de la noche.

Era una niña muy lista, pensó Greca, estaba segura de que seguiría las instrucciones al pie de la letra.

La noche avanzaba sin pausa, igual que el barco lo hacía sobre las aguas calmadas, negras, con un brillo aquí y allí cuando la luz de la luna alcanzaba las pequeñas ondas marinas.

Las estrellas brillaban en un cielo completamente despejado.

El Emperador parecía pensar que aquella noche era exactamente la señalada. Era tal y como El Brujo se la había descrito en su visión.

Cuando Greca había puesto el barque en marcha, se había ido acercando por los costados del barco, hasta quedar a escasos metros de ella, observando su figura alzada frente al timón, sus piernas largas, su corsé de piel y sus botas de punta redondeada firmemente ancladas al suelo, mientras su rostro, serio y concentrado, se mantenía al frente, dejando que la luz de la luna también iluminara su máscara de metal.

—Esta es la noche, señor, esta noche todo ocupará su lugar.

El Emperador se volvió hacia el Brujo al escuchar sus palabras. Sus ojos

estaban enrojecidos.

—Brujo, tú has sido mi fiel amigo durante casi veinte años, a ti puedo decírtelo ¿puedes creerte que estoy pensando en esa maldita?

—¿En quién, mi señor?

El Brujo sabía perfectamente de quién hablaba El Emperador, pero sabía que debía dejarle tener a él todo el protagonismo.

—Nunca he conseguido olvidarla ¿tú aún la recuerdas? ¿Puedes recordar su rostro?

El Emperador no pronunciaba jamás su nombre, como si así pudiese asesinarla una y otra vez, como si sus pensamientos hacia ella no la hubiesen mantenido viva, sin embargo, durante todo aquel tiempo.

—Sí, mi señor, aún puedo recordarla.

El Emperador cambio el tono de sus palabras de inmediato.

—Volvería a asesinarla, la sentenciaría mil veces si mil veces viviera — luego sonrió a la noche —. Pero seré yo quien viva mil vidas, diez mil, un millón. Esta noche, Brujo, esta noche me volveré inmortal y todas esas perras detestables e infieles serán castigadas y confinadas a la isla de las mujeres sin piedad.

Greca parecía estar en trance. Sin embargo, llegados a un punto, de pronto soltó el timón y se volvió hacia el grupo de hombres que la miraban expectantes.

El ambiente se había vuelto frío y de sus bocas salían halos de vapor que se perdían en la oscuridad de la noche.

—Aquí —dijo sin más la muchacha.

Sacó de su bolsillo un trozo de tiza y cogiendo de la mano a la niña se bajó del pedestal sobre el que se erigía el timón, en dirección a los hombres que se echaron hacia atrás de forma instintiva.

Se agachó y comenzó a trazar un círculo en el centro. Mientras lo hacía dirigió una mirada a la niña y con los ojos le indicó en dirección a la trampa.

—Aquí, Emperador —dispuso un punto en el centro del círculo y todos los hombres lo rodearon —, este es el punto exacto.

El Emperador dirigió una mirada al Brujo y este oteó el punto y luego

asintió dirigiéndose de nuevo hacia él.

El Emperador se ubicó justo en el centro. Su pecho subía y bajaba al ritmo de la nuez en su garganta.

Greca entró en el círculo y sin miramientos separó los brazos del cuerpo del Emperador sujetándolos por las muñecas y bajó sus manos hasta llegar a la cintura del hombre para extraer un puñal de su cinturón perlado.

El Emperador sujetó rápidamente la muñeca de la muchacha.

—¿Qué estás haciendo?

Ella le miró desafiante.

—No se puede llevar encima nada que represente la muerte cuando uno quiere volverse inmortal.

El Emperador dirigió una mirada al Brujo.

—Vamos, está rodeado de sus soldados y yo sólo soy una mujer desarmada ¿Qué teme, Emperador?

El Brujo volvió a asentir tratando de transmitir calma al Emperador, y este cedió ante el requerimiento de Greca, que llevó la mano a su bolsillo trasero y guardó allí el puñal.

—Dime, ¿qué escondes tras esa máscara? ¿Acaso no eres una muchacha hermosa? Quizá seas la primera en disfrutar de la compañía del Emperador cuando este ya se haya vuelto inmortal —se rió el hombre, mientras ponía las manos en su cintura, ahora desarmada.

—Todo es posible, sí —contestó Greca.

Salió del círculo dispuesta a comenzar el ritual, pero antes se aseguró de que la niña había sido obediente. Comprobó satisfecha que no se la veía en cubierta.

El Brujo se situó a la izquierda de la muchacha. Esta sacó el puñal del bolsillo, y mientras sonreía se lo tendió al Brujo, que lo recogió ante los ojos entrecerrados del Emperador.

La muchacha entonces se arrodilló frente al círculo y desató su corsé dejando que se expandieran sus pechos aplastados por el mismo. El Emperador se pasó la lengua por los labios y ella comenzó a hablar en un idioma extraño que ninguno de los presentes conseguía entender y que, poco a poco, comenzó a repetirse como si se tratara de un rezo o una letanía.

En el silencio absoluto de la noche comenzó a sonar un murmullo lejano,

acompañado, cada vez más contundente, de golpes sincronizados en la madera de la cubierta.

Los soldados se miraban los unos a los otros y se empujaban hacia atrás, alejándose del círculo en el que El Emperador permanecía, como dando por hecho que era de allí de donde emanaba el ruido, provocado solo Dios sabía por qué o por quién.

El murmullo de golpes se volvía atronador y la cubierta temblaba.

Sin embargo, uno de los que había acompañado en la visita anterior al barco al Emperador y al Brujo, volvió su mirada hacia hacia la trampa.

—¡Viene de la bodega! —gritó horrorizado—. La bodega está llena de demonios, ellos masacraron a la antigua tripulación.

—¡Tapad esa trampa! —gritó otro de los soldados.

El Emperador observaba todo sin atreverse a salir del círculo por temor a romper el hechizo, ya que la muchacha seguía en su trance ajena a todo el ajetreo.

Los soldados hacían amago de acercarse a la trampa, y al mismo tiempo quedaban parados a escasos metros, con los ojos desbocados por el miedo.

La trampa comenzó a levantarse, mientras gritos y golpes de objetos metálicos resonaban por toda la cubierta. Cuando el primer soldado quiso reaccionar, la trampa se abrió de golpe golpeando en el suelo y apareció una ser cubierto de ropajes desgarrados, pelajes, huesos y dientes de animales colgando de su cuello, cintura, cabellos embarrados y piel de tintes rojos.

El soldado retrocedió mientras centenares de aquellos seres desbordaban la trampa y se iban extendiendo por la cubierta, armados con piedras rudimentarias a las que habían afilado los bordes, lanzas artesanales, arcos de madera con flechas caseras.

Todos aquellos seres rugían y despedían odio, rabia y furia por sus ojos bordeados de tinte negro.

Los soldados, horrorizados, veían cómo sus carnes eran desgarradas por los artefactos que portaban aquellos seres. Algunos caían sobre cubierta al chocar entre ellos mientras trataban de retroceder y aquellos seres saltaban sobre ellos y hundían sus armas sin piedad alguna.

Otros saltaban directamente al mar, prefiriendo morir ahogados a dejarse atrapar por aquellos demonios que habían desatado su furia contra ellos.

Greca se puso en pie frente al Emperador. Este miraba desesperado a su alrededor sin conseguir entender lo que estaba sucediendo.

Eran mujeres, centenares de mujeres vestidas y pintadas como demonios acabando con todos sus soldados, con todos sus hombres, entrenados para luchar.

—¡Son mujeres! —gritaba mientras nadie le escuchaba —¡Sois unos cobardes, acabad con ellas!

Greca se reía.

El Emperador dirigió su mirada hacia ella, y, entonces, Greca extendió la mano hacia El Brujo y este dejó sobre su palma el puñal que poco antes le había entregado.

El Emperador miró hacia el Brujo mientras negaba con la cabeza, posiblemente convencido de que todo aquello tenía que ser un sueño, o mejor, una pesadilla.

—¿Qué significa todo esto?

—Significa que el ritual ha terminado, Emperador, al menos para usted y sus soldados.

Contestó Greca, mientras le pasaba una mano sobre el pecho desde la espalda y le colocaba el puñal pegado a su garganta.

Sobre cubierta yacían los cuerpos inertes de varios soldados, y en la lejanía podían escucharse los gritos de otros que aún luchaban por sobrevivir en las aguas.

Las mujeres se habían arremolinado alrededor del Emperador, al que Greca seguía sujetando por la espalda con el puñal pegado a su cuello.

—¿Las reconoce, Emperador? ¿O de verdad siente tanto desprecio hacia la vida de los demás que no reconoce ni a una sola de las mujeres a las que utilizó y después confinó de por vida en una isla?

El Emperador movía sus ojos sobre los rostros de las mujeres que le rodeaban.

Una de ellas se acercó un poco más a él.

—Más de diez años construyendo ese barque, confinada en una isla, pero han valido la pena —dijo, mientras le escupía al rostro.

El Emperador cerró los ojos y luego los abrió para dirigirlos hacia El Brujo.

—Tú eres un traidor —gruñó desesperado por la ira—. Eres despreciable.

El Brujo se encogió de hombros.

—Pues ya tenemos algo en común —respondió.

El Emperador hizo amago de querer soltarse de Greca, pero esta le apretó más el puñal contra el cuello.

Dejó el puñal sobre su garganta y con la mano libre se quitó lentamente la máscara de metal dejando a la vista el lado aplastado de su cara, su ojo derecho totalmente deformado. Luego lo pegó al rostro del Emperador.

—Antes preguntabas si era una muchacha hermosa. Nunca lo sabré, y tú tampoco. El lado derecho de mi rostro está completamente aplastado. Alguien me dejó caer al suelo cuando acababa de nacer, y después me pisó la cara, me dio por muerta y me entregó a su Brujo para que me enterrara.

El Emperador tragó saliva.

—¿Cómo pudiste? —se dirigía al Brujo — Ella era una ramera y tú mi fiel servidor.

El Brujo le mantenía la mirada.

—Antes dijiste que yo era despreciable y yo te dije que ya teníamos algo en común. Tenemos algo más: ninguno de los dos ha olvidado a esa mujer — Luego volvió su mirada cansada hacia Greca—. Sabía que lo conseguirías.

Greca asintió.

—No hubiese sido posible sin ti, padre.

El Emperador abrió los ojos, horrorizado, hacia la noche estrellada. Fue lo último que vio.

Eran las cuatro de la mañana cuando el Barque atracó en el puerto.

El cuerpo del Emperador iba dentro de uno de los baúles, el que habían encontrado vacío en su primera visita al barco.

El Brujo se había encargado de encerrarlo allí mientras Greca se había puesto la máscara y había bajado a buscar a Magda a la bodega.

La niña no había hecho ni una sola pregunta. Todos en cubierta dieron la vuelta en silencio, cada uno pensando en cada una de las desgracias que acababa de vengar.

Mujeres y más mujeres de las que El Emperador se había encaprichado, con las que se había divertido como si fueran meros objetos, a las que había sometido a vejaciones, humillaciones, violaciones, y a las que finalmente

confinaba en una pequeña isla con apenas roca y vegetación, donde vivían sometidas a las inclemencias del tiempo y pasando hambre y enfermedades sin tener un mínimo de atención, habían culminado su venganza aquella noche.

El Brujo pensaba en la noche en la que la única mujer a la que había amado había dado a luz. Ella misma le había pedido que callara, que fuese fuerte y que salvara como fuera a su bebé.

Su corazón se había encogido y había tenido que reprimir la ira con todas sus fuerzas cuando el Emperador había tirado al bebé, a su propia hija, al suelo para luego pisar su cabecita.

La había arropado entre sus brazos cuando El Emperador le había dicho que se deshiciera del cuerpo y él mismo se la había entregado a la mujer a la que iban a conducir esa misma noche hacia la isla de las mujeres, cuando vio que el bebé no había muerto, que aún respiraba.

A partir de ese día no había pensado en otra cosa más que en su venganza.

Cuando desembarcaron, ya a las cuatro de la mañana, El Brujo vio que Greca no bajaba del barque. La niña Magda, a su lado, se resistía a marcharse.

—Volveré, Magda. ¿No me crees? ¿Acaso te he mentado alguna vez?

El Brujo se dirigió a su hija.

—¿Qué vamos a hacer con su cuerpo? —preguntó, refiriéndose a El Emperador.

—Yo me ocupo —dijo Greca.

Volvió a partir en el barque, y navegó hasta la mañana. Cuando encaló en la isla de Lázaro, desembarcó. Con gran esfuerzo arrastró el baúl hasta la arena de la playa, y siguió empujándolo hasta llevarlo bien adentro, para asegurarse de que no lo arrastrase la marea.

También dejó allí abandonado el barque, y remó en un pequeño bote durante dos días, hasta llegar de nuevo al embarcadero.

Desde lo lejos ya vio una figura familiar, sentada en el borde, con las piernecitas colgando sobre el agua.

Al acercarse la figura se levantó.

Greca puso uno de sus pies en el embarcadero y la niña Magda le tendió una mano y la ayudó a impulsarse hasta que quedó a su lado.

Luego, sin mediar palabra y sin soltarse de la mano las dos salieron caminando sin mirar atrás. El Emperador y el barque quedaban tan lejos, que no volverían a verlos por mucho que quisieran esforzar la vista, así que ¿de qué iba a servirles volver a mirar atrás?

Laura Pérez Caballero
LA ISLA DE LAS MUJERES